

PRESENTACIÓN EN TOLEDO

(22/04/04)

Muchas gracias, Pepe y Fernando, por vuestras amables palabras.

Me resulta difícil imaginar dos presentadores más cercanos que Pepe Conde y Fernando Lamata. Con ambos me une una amistad de años, tejida de anhelos, proyectos, afinidades, aciertos, desaciertos y esperanzas compartidas. Y de gusto por la ciencia, la política, la sociedad, la literatura y los viajes.

Muchas gracias de nuevo.

Y muchas gracias a ustedes por haber venido. Gastar dos horas de una tarde de jueves en acudir a la presentación del primer libro de un escritor desconocido tiene, en mi opinión, mucho mérito. Sobre todo, si se trata de un libro de cuentos, género literario cuya salud es incierta dado que, periódica y simultáneamente, unos lo dan por muerto y otros por revivido.

Cuando pienso en Toledo a mi memoria acuden de inmediato tres recuerdos. El primero y más persistente data de 1975. Entre septiembre y diciembre de ese año hice las prácticas de milicias como alférez médico en el botiquín de la Academia de Infantería. Yo vivía en Madrid y viajaba de Madrid a Toledo, y de Toledo a Madrid, casi a diario.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Las madrugadas de otoño veladas por la niebla. El viejo Gordini gris de quinta mano, regalo mi tío que perdía una pieza en cada viaje. El mostrenco edificio de la Academia, al otro lado del río. La irremediable provisionalidad de un trimestre donde cada semana traía un acontecimiento decisivo: la enfermedad de Franco; la huida de los norteamericanos Saigón; los fusilamientos postreros de un régimen agonizante; la Marcha Verde; la visita del entonces príncipe y hoy rey a las tropas y la posterior retirada del Sahara; la muerte, sí, la muerte, al fin, del dictador; las largas filas para ver el féretro en la Plaza de Oriente... ¡Tantas cosas en tan poco tiempo!

Pero estén tranquilos. Esta noche no voy a hablar de ese periodo, determinante en la vida de muchos de los españoles mayores de cuarenta y cinco años.

Tampoco hablaré de mi segundo recuerdo de Toledo, que no es mío, sino de Pepe Conde pues es una historia referida a su padre, que durante los años cincuenta del pasado siglo fue alcalde de la ciudad. Se trata de una historia ejemplar por muchos motivos y yo la escribí hace algún tiempo, y se la di a Pepe para que la compartiera con su familia como postrer homenaje a un hombre al que no conocí pero que, sin duda, fue un hombre bueno.

Como la que me sucedió a mí durante aquél inolvidable trimestre final de 1975, también ésta forma parte de un segundo libro de relatos, titulado "Daguerrotipos", que ojalá vea la luz algún día.

El tercero de mis recuerdos recurrentes tiene que ver con "El entierro del Conde de Orgaz" pues mi primera visita a Toledo ocurrió en

1964 y fue para contemplar este cuadro. De éste recuerdo si voy a contarles algo.

Yo estaba en sexto de Bachillerato y vinimos el curso entero con el profesor de Historia del Arte a la cabeza. Era mayo, faltaban dos semanas para los exámenes finales y al terminar la visita hasta el más lerdo intuía que el cuadro de El Greco caería en el examen.

Y cayó. Y a punto estuvo de costarme un disgusto. Porque durante la visita y la explicación, yo había estado más atento a un personaje secundario del cuadro que al cuadro mismo, y acabé confundiendo las fechas del milagro con las de la ejecución de la obra, y al párroco que lo encargó con el protagonista del milagro en él representado.

Me salvaron mis notas durante el curso y los precisos apuntes de un colega sobre las diferencias entre las arquitecturas románica y gótica, que fue la otra pregunta del examen.

Así que cuando dos semanas más tarde, fuimos a la reválida en el Instituto y, para mi sorpresa, de nuevo me tocó escribir sobre El Greco, llené sin vacilar dos páginas con títulos, fechas y datos. Me extendí, sobre todo, en el cuadro de la iglesia de Santo Tomé, incluyendo hasta la cantidad exacta (1.200 ducados, unos 13.500.000 pts.) que el artista cobró por la obra.

Escribí que en la parte baja aparecen San Agustín y San Esteban, descendidos desde lo alto para llevar el cuerpo del Gonzalo Ruiz de Toledo a la tumba. Y que en la superior, el alma del finado, portada por un ángel, es recibida en el cielo por la corte celestial en pleno. Hablé de las ricas casullas de los santos, del negro jubón de los nobles, cuyas caras corresponden a personajes reales de la época (incluida la del propio Greco), del hábito gris del franciscano de la izquierda, de las finas transparencias de la camisa del agustino de la derecha.

Escribí de todo menos de lo que me importaba. Porque si a esas alturas me creía capaz de describir el enorme lienzo con los ojos cerrados, el personaje que me había obsesionado desde un principio

seguía en mi memoria tan enigmático como al principio. Porque ¿qué hacía un niño pequeño en cuadro tan solemne? ¿Quién era? ¿Qué edad tenía? ¿Por qué vestía como adulto? Creía haberle oído al profesor decir de pasada que se decía que era un hijo del pintor para, a continuación, aclarar que ni siquiera eso era seguro.

Tardé veinticinco años en saberlo. Ocurrió un mediodía de mayo cuando rebuscando por los puestos de libros viejos de la Cuesta de Moyano di con *El Laberinto*, la tercera de las grandes novelas históricas de Manuel Mújica Laínez y la única que no había leído. En ella, el escritor argentino, medievalista de profesión, reconstruye la vida en la España de finales del siglo XVI (la grande, la del imperio; y la no menos grande, la cotidiana de Toledo en tiempos de El Greco) a través de la mirada de ese niño. Así fue como pude asomarme a un universo fascinante, pasado pero muy presente, con una cercanía y una verosimilitud que nunca me habían dado los libros de historia o las enciclopedias de arte.

Aprendí, por ejemplo, que el Conde de Orgaz no fue nunca Conde de Orgaz pues el título fue en realidad otorgado por Carlos V a un descendiente lejano del personaje, al décimo señor de Orgaz, casi doscientos años después de la muerte del Orgaz del milagro. Que el niño en cuestión se llamaba Ginés de Silva y no era hijo de El Greco, sino de Don Diego de Silva, un noble toledano tan orgulloso como arruinado. Que tenía 14 años cuando posó pero que El Greco decidió rejuvenecerlo pintándolo tal como lo recordaba la primera vez que lo vio, en 1578, ocho años antes de iniciar el cuadro. Y que, para que no hubiera dudas, pintó esa fecha en el pañuelo que le asoma por el bolsillo. Y que la vida posterior de Ginés de Silva, iniciada en Toledo, proseguida en Madrid, Sevilla y Lima, y concluida en Buenos Aires, resulta tan apasionante o más que la historia misma del cuadro.

Leyendo ese libro sentí algo que he sentido pocas veces. Con alguna novela de Galdós o de Stevenson. Con algún relato de Quiroga o de Borges. Con ciertas páginas de García Márquez. Y fue rabia por no haberlo escrito yo. Porque fuera de otro.

Después de eso volví a Toledo varias veces por motivos personales o profesionales. O sin motivo. Tan solo por el gozo de pasear sus calles y plazas, que me sigue pareciendo el mejor motivo para visitar una ciudad como ésta. Pero no volví a ver el cuadro.

En 1994 me fui a vivir a los Estados Unidos y me quedé allí casi ocho años. Regresé a mediados del 2002 y el año pasado Pilar Polo tuvo la idea de invitarme a un seminario en un Hotel de los cigarrales desde cuya terraza se domina Toledo desde el otro lado del Tajo. Entre otros excelentes profesionales y amigos estaban Pepe y Fernando.

Hice el viaje de noche, y era otoño, y había luna llena, y de repente, por uno de esos trucos de la memoria que no necesitan ni ángeles ni alas sino tan solo una oportuna modorra, me sentí transportado de golpe a aquél otoño de 1975. Por la carretera de la vega, subiendo junto a los contrafuertes donde se asienta la Academia recordé la historia que les he mencionado.

También pensé en el relato que le escribí a Pepe Conde. Y en el cuadro de El Greco. Y en el talento de un escritor maravilloso, capaz de construir una gran obra a partir de un personaje supuestamente secundario o menor, millones de veces contemplado y muy pocas veces entendido.

Por eso hoy he ido a ver el cuadro. Y he visto de nuevo la mirada de aquél niño. Y, por un instante, he sentido que me miraba solo a mí, con su mirada de antaño y mi mirada de entonces. Y me he sentido feliz por estar aquí. Por haber llegado hasta aquí.

Me he dicho que la vida está hecha de instantes así. Fugaces, salvo para sus protagonistas. Efímeros, excepto para quienes los experimentan. Demasiado tiempo me costó comprender que no hay momentos sin importancia, como tampoco personajes "grandes" o "pequeños", detalles "significativos" o "irrelevantes". Que las cosas, los personajes, los detalles, son grandes o pequeños, persistentes o efímeros, relevantes o irrelevantes "según para quién". Y que en

aprender a verlos, en saber interpretarlos, vivirlos, recordarlos, sufrirlos y gozarlos, reside la felicidad.

Arundhati Roy ha escrito un libro imprescindible sobre todo esto. Yo me siento feliz hoy. Por estar aquí. Por estar con ustedes. Por presentar este libro.

Pues de eso tratan los doce relatos que lo componen. De la alegría de estar vivos. Y, también, de sus dolores, paradojas, aciertos y desaciertos, sufrimientos y desengaños. Porque la vida no se elige. Nos viene dada. Y condicionada. Por nuestro código genético. Por las circunstancias que rodean a nuestra concepción y alumbramiento. Por el trato que recibimos durante la infancia. Por el medio familiar, social y cultural en que crecemos y nos desenvolvemos.

Desentrañar esa tupida malla de condicionantes constituye parte esencial de la aventura de vivir. Sobreponernos a muchos de ellos jalona el siempre inacabado "viaje interior" en busca de la libertad íntima, que es el ámbito primordial e innegociable de la libertad a secas.

Susan Sontag, a quien el pasado otoño le concedieron el premio de la Paz de los libreros y editores alemanes y el premio Príncipe de Asturias de las letras casi al mismo tiempo, lo explicaba con un juicio luminoso sobre sí misma: "Yo puedo parecer muy libre pero no siempre fui así. Yo lucho cada día contra ese esclavo (interior) que quiere que piense y sienta como los demás"

Para eso parece que sirve escribir. Al menos, a mí me ha servido.

Pero al mismo tiempo, escribir puede también servir para impulsar otro tipo de viaje, el "viaje exterior", en busca del Otro y de los otros.

En mi caso, viajar fue ante todo un sueño de infancia nutrido por los tebeos, las novelas de aventuras, los libros escolares de geografía e historia, las películas y la primera televisión (aquella de la carta de ajuste en blanco y negro con circulitos, ¿recuerdan?)

Y - como en el caso de aquellos escritores del siglo XIX que se inventaban continentes fabulosos y océanos inconquistables sin moverse de casa - alentado por la imaginación.

Pues recuerdo que yo devoraba aquellos materiales impresos con el ansia de quien, más que leerlos, los iba recreando mientras los leía. Ya desde las primeras líneas de cada capítulo mi mirada resbalaba sobre la letra impresa, "se me iba el santo al cielo", y la fantasía levantaba el vuelo e improvisaba sobre la marcha desarrollos imposibles, argumentos inverosímiles, finales disparatados. A menudo me interesaban más mis invenciones que las del autor y, tras un par de intentos infructuosos, abandonaba el capítulo (y también el libro) sin terminarlo.

También me recuerdo entre los cinco y los ocho años durmiendo en un pequeño sofá - cama del comedor del pequeño pisito donde poco antes mi padre había instalado uno de los primeros televisores que hubo en el edificio. Mi madre me acostaba después de cenar y me hacía prometerle que me dormiría enseguida. Para facilitarme el sueño bajaba

el volumen del aparato hasta dejarlo casi mudo. En particular, como muchos niños de la época, tenía prohibido abrir los ojos si el anuncio de la película de la noche aparecía con dos rombos en la pantalla.

Así, aprendí a ver el cine como los nómadas el desierto: a través de la fina rendija de mis párpados entrecerrados. Y a inventar, por mi cuenta y al hilo de las mudas imágenes entrevistadas, argumento y diálogos (ejercicio que, por cierto, todavía hago en mi asiento de viajero de fin de semana cuando el conductor pone en marcha el servicio de video en el autobús de línea entre Madrid y Bilbao). Lo curioso es que, a la mañana siguiente, yo era quien, con mayor entusiasmo y lujo de detalles les narraba a mis compañeros de pandilla, la película prohibida.

También me recuerdo, más o menos en esa época, paseando con mi madre a la salida del colegio y empujando en el cochecito a mi única hermana, seis años menor que yo, y contándole cuentos para entretenerla. Ella me reclamaba luego por las noches que concluyera la historia y solo así se dormía. Y yo, que nunca he sido bueno para los finales, la engañaba como podía y alargaba el relato de un día para otro

con tal de no verme obligado al forzado ejercicio de tener que acabarlo. Inevitable inicio en los rudimentos del suspense que siempre me ha parecido componente esencial del buen narrar. Ya adulto, lo volvería a reeditar, echando a mano a poemas y canciones como recurso de apoyo, cuando me llegó el turno de acostar a mis hijos.

¡Que poderosa es la imaginación, la de los niños y la de los adultos, si trabaja con buena materia prima! Y ¿cuál mejor que la realidad misma? Una realidad que pesa, mide, siente, huele, ríe, grita, suda, llora... Pocas veces amable. A menudo, terrible (ahí están cada día los noticiarios para recordarlo) Rara vez hermosa. Insuperable, cuando lo es.

Esto he aprendido a lo largo de treinta y cinco años de escribir sin publicar: que nada supera a la realidad, salvo la realidad misma. Y, también, que nosotros formamos parte de ella. Pues nuestros sentimientos (esa especial vibración del alma donde Conrad situaba la materia prima de la vida misma) forman parte, a menudo de forma inadvertida, de los sentimientos de otros. Como lo forman también

nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestras ideas y emociones, nuestras pesadillas y sueños. ¡Qué tarde solemos descubrir, más los hombres que las mujeres, lo relevantes que, sin saberlo, podemos llegar ser para otros! ¡Y lo mucho que, a su vez, ellos nos influyen!

Y es, precisamente, en esa compleja relación entre el yo y el yo. Y entre el yo y el yo que es ya casi tu (o vosotros, o ellos). Y entre el yo y el tu que es puro tu. Y entre el nosotros y el vosotros... Relación mil veces destruida y mil veces (re)construida, tanto dentro como fuera de nosotros mismos, donde - chispa sorprendente, débil fulgor de amanecida - brota el impulso creador. Donde nace lo nuevo.

Escribir me ha ayudado porque ha sido un compañero fiel, disponible y arisco como ese "amigo fantasma" que se inventan los niños para sentirse menos solos. En mi caso, se trata de un amigo que se ha empeñado en crecer conmigo. Quiero decir que la vida, claro, ha ido nutriendo y cambiando mi forma de escribir al tiempo que cambiaba mis formas de mirar y de sentir. Como diría mi abuela "mi forma de ser"

Desde los versos torpes y copiados de la adolescencia; a los poemas de soledad y vacío de un largo exilio interior; a los primeros relatos cortos de quien busca salir de un pozo hondo y se va lejos, y tropieza de pronto con el gran amor, a la novela de los densos años donde se gestó todo eso, escribir y viajar han sido en mi caso, dos formas distintas de ponerle argumento a la vida.

Llegados a este punto alguien dirá, bueno, ya sabemos desde cuando escribe este señor y, si acaso, un poco de por qué lo hace. Pero ¿por qué publica? ¿No hay ya suficientes libros en las librerías? ¿No están saturados los catálogos editoriales de nuevos autores, de nuevos títulos, que brotan como setas en otoño lluvioso? ¿Y no resultan insípidos por irrelevantes la mayoría de ellos? ¿O, en el mejor de los casos, desoladoramente efímeros?

No puedo responder con propiedad a esta pregunta. La respuesta quizá tiene que ver con la casualidad (y con el buen hacer de algunos amigos, entre ellos las amigas de Ex-Libris) y poco con lo racional. Solo puedo decir que publicar ahora me produce una alegría especial.

Sentimiento que se ve reforzado por el hecho de estar hoy aquí con ustedes, compartiendo este momento y estas reflexiones.

Ahora que lo pienso, tal vez yo buscaba sin saberlo la peculiar alegría de compartir, esa expansiva sensación de entregar a otros una parte de lo visto y lo sentido – y, también, intuido, imaginado, soñado, conversado, escuchado - durante años de mirar, pensar y sentir en hoteles, apartamentos, estaciones de tren y aeropuertos de países lejanos y cercanos; de explorar lo cierto y lo verosímil; de indagar entre la vigilia y el sueño, entre lo proyectado y lo sucedido.

Y de entregarlo de una forma que permita la apropiación, por uno mismo y por otros. Tal vez sea una reedición ampliada y revisada de aquella sensación infantil de fantasía estimulada por el hecho de ver, leer y contar que experimenté de niño, y todavía siento.

Pues nada me parece más real que la fantasía. Solo ella nos ayuda a seguir viviendo con ánimo explorador. A gozar cada hallazgo

como un tesoro. A no cejar. En frase de filósofo célebre: a “buscar como quien espera hallar; a hallar como quien espera seguir buscando”

Antonio Lobo Antunes nos recordaba hace poco que cuando la madre de Conan Doyle supo que su hijo quería matar a Sherlock Holmes para ocuparse de libros que a él le parecían más serios, le escribió diciéndole: “Líbrate de hacerle ningún daño, por pequeño que sea, a una persona tan simpática y educada como el señor Holmes”. Y su hijo, ¡qué remedio!, obedeció. Todavía hoy, setenta y tres años después de la muerte de Conan Doyle, llegan unas cuarenta cartas semanales al 221-B de Baker Street, que nunca fue la dirección de Conan Doyle sino la inventada de Sherlock Holmes.

Creo que esto es lo que le importa al lector. No, si el autor tardó mucho o poco en escribir; o cómo lo hizo; o si decidió publicar antes o después; o si sus razones fueron unas u otras. El lector seguramente desea que una obra literaria le haga evocar, pensar, sentir, imaginar, llorar, reflexionar, reír, recordar... Que le libere, siquiera por un rato, de los confines de su propia existencia y le ponga en contacto con personajes

distintos a los de su cotidianidad. O, al menos, que le muestre a éstos bajo una luz distinta. Salvo casos extremos, no se trata de huir de la realidad sino de ejercer el exclusivo privilegio humano de vivir varias (a veces muchas) vidas en el corto espacio de una sola.

Sospecho que al final del día, antes de irnos a dormir, todos esperamos que llegue alguien y nos cuente algo. Algo que nos estimule la imaginación, nos proponga un tema para soñar y nos anime a seguir viviendo.

Confío que estos relatos míos consigan algo de todo eso.

Muchas gracias.